

# LA CRISIS AGROALIMENTARIA

Fernando RELLO\*

## 1. ASPECTOS Y DIMENSIONES DE LA CRISIS AGROALIMENTARIA

La crisis alimentaria se suele considerar como una mera insuficiencia coyuntural en la producción agrícola. Esta concepción sólo contempla la punta de un iceberg, la parte visible de un fenómeno más vasto y complejo. Si bien la caída de la producción agrícola es un elemento importante del problema, éste no puede reducirse a una insuficiencia en la oferta agrícola. El problema cobra un significado más rico si rebasamos la esfera restringida de lo agrícola para ubicarlo en el terreno de lo alimentario. Por eso no hablaremos de crisis agrícola, sino de crisis agroalimentaria. El gastado enfoque tradicional concluye que la crisis consiste en una interrupción *cuantitativa* de un proceso de crecimiento agrícola y que la salida radica en reanimar la producción, mediante el estímulo a los factores que en el pasado provocaron dicho crecimiento.

Por el contrario, aquí se mantiene que la crisis agroalimentaria no consiste en que la producción crezca de manera insuficiente —la recuperación de las tasas históricas de crecimiento de los alimentos es un elemento necesario pero no suficiente para eliminarla—, sino en que no será posible satisfacer una demanda popular básica (alimentos para comer mejor) dentro del modelo alimentario vigente y mediante las políticas y concepciones tradicionales. Si la meta es abatir los elevados niveles de desnutrición existentes al mismo tiempo que se logra la autosuficiencia alimentaria, se requiere, además de un mayor dinamismo de la producción, que los alimentos puedan

\* Investigador de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM.

llegar a los desnutridos, lo cual implica cambios de fondo en el modelo alimentario prevaleciente.

Comencemos con el comportamiento de la producción en relación al crecimiento demográfico de los últimos 50 años.<sup>1</sup> La evolución de la agricultura mexicana en el último medio siglo puede dividirse en tres periodos. En el primero, que abarca de 1930 a 1946, la población creció a un ritmo de 2.2% anual, pasando de 17 a 23.8 millones de habitantes. La producción agrícola creció más rápidamente (3.5% anual) y la producción agrícola por habitante aumentó en 1.4% cada año. Es decir una etapa de crecimiento satisfactorio en la cual el país satisfacía su demanda interna y aun exportaba.

En una segunda etapa, que comprende de 1946 hasta 1966, la población creció más rápidamente (3.2% anualmente), pasando de 23.1 a 42.7 millones de habitantes. Sin embargo, la producción agrícola aumentó aún más rápidamente (7.1% por año) dando como resultado que la disponibilidad de productos agrícolas por habitante creciera 3.8% anualmente. Esta fue la época del «milagro agrícola mexicano». En 20 años la producción se cuadruplicó y el sector agropecuario contribuyó al desarrollo urbano-industrial a través de crecientes y abundantes exportaciones.

En la última etapa, que abarca de 1966 hasta la fecha, la población aceleró su paso, con tasas de crecimiento muy altas (3.4%), hasta alcanzar la cifra de 70 millones de habitantes en 1980. En cambio, la producción agrícola disminuyó drásticamente su ritmo de crecimiento anual (sólo 2.0%) y la disponibilidad por habitante cayó en 1.4% anualmente.<sup>2</sup> En estos 20 años la agricultura se vio impotente para satisfacer los requerimientos de una población en rápido ascenso. La abrupta caída de la producción coincidió con la etapa del más rápido crecimiento demográfico. Cayó el consumo de alimentos de los grupos más pobres y surgió la dependencia alimentaria, convirtiéndose la crisis agroalimentaria en un grave problema nacional.

En su periodo de mayor crecimiento, los factores que mayor dinamismo le dieron a la agricultura fueron la inversión pública —sobre todo en obras de riego— y el aumento en la superficie sembrada, aunque el incremento de los rendimientos por hectárea tam-

<sup>1</sup> La información estadística se tomó de *El Desarrollo Agropecuario de México*, Tomo III (La oferta de productos agropecuarios), CESP, SARH-ONU/CEPAL, México, 1982.

<sup>2</sup> Datos tomados de *El Desarrollo Agropecuario de México*, op. cit.

bién desempeñó un papel importante. La crisis está íntimamente vinculada con el agotamiento de la capacidad de arrastre de los factores anteriores. Así, la superficie sembrada dejó de crecer —en algunos años incluso disminuyó— y la productividad no aumentó suficientemente como para contrabalancear el estancamiento del área agrícola. En 1966 se cosechó la más alta superficie por habitante, 0.35 has., en tanto que en el lapso 1976-78 esta cifra fue de 0.24 has., es decir un 30% menos. La superficie cosechada de granos básicos disminuyó aproximadamente 1.3 millones de has., de tal forma que si en 1965 se disponía de una hectárea cosechada de granos para cada 3.9 personas, en el lapso 1976-78 esa misma superficie debía proporcionar granos a 7.1 personas. Esto significa que las bocas crecen más rápidamente que la capacidad de darles de comer.

¿Qué tan grave es la crisis? La respuesta a esta pregunta tiene que abarcar dos dimensiones. La de la economía nacional y la de los grupos sociales mayoritarios. El grado de vulnerabilidad del sector agroalimentario es una forma de abordar la primera. Un sistema alimentario es más vulnerable cuando factores internos o externos le impiden lograr ciertas metas como la seguridad alimentaria o la elevación de los niveles de nutrición. Una forma de medir el grado de vulnerabilidad es mediante el coeficiente de importaciones, que indica la proporción de la oferta disponible de alimentos que ha tenido que importarse. A mayor dependencia alimentaria, mayor vulnerabilidad nacional.

Visto globalmente, el coeficiente de importaciones del sector agrícola no es muy elevado en términos internacionales (alrededor de 10%). Sin embargo, el grado de vulnerabilidad se aprecia mejor si analizamos el coeficiente de importaciones de productos estratégicos. En el caso del maíz, después de un largo periodo en el que el país fue autosuficiente (y aun exportábamos), este coeficiente llegó a ser de 25% en 1980. En un país tradicionalmente maicero, en el que este grano es el principal cultivo de la mayoría de los campesinos y el alimento popular más importante, esto equivale a una tragedia nacional. De diez tortillas que comen los mexicanos, dos y media están hechas con maíz importado. Esto, además del peligro de la dependencia alimentaria, significa menos empleos e ingresos en el campo y más emigración hacia las ciudades.

En trigo, la dependencia externa ha llegado, en varios años, a representar hasta el 25% de la oferta total. Similar porcentaje se aplica en el caso de las oleaginosas. En el sorgo —forraje estratégico para producir huevos y carne de pollo y cerdo— fue de 32% en

1980. Otro elemento de vulnerabilidad externa es la dependencia con respecto a insumos y maquinaria para producir alimentos. En varios años las importaciones por este rubro han rebasado a las de productos agrícolas. En suma, el sector agropecuario ha dejado de tener un saldo positivo en su balanza comercial, para convertirse en un elemento importante del déficit externo. En 1983 se importaron más de 9 millones de toneladas de alimentos a un costo aproximado de 1 500 millones de dólares, es decir 30% de la deuda externa contratada en este año.

La crisis agroalimentaria tiene un aspecto social que es ineludible. La contraparte de la baja de la producción agrícola es la disminución de los niveles relativos de empleo y de ingreso en el campo, lo cual a su vez es la principal causa de la caída en la disponibilidad de alimentos para la población más pobre. El subempleo y la pobreza son, en México, esencialmente problemas rurales, asociados a un modelo de desarrollo agroalimentario polarizado y concentrador. Un estudio reciente muestra que pese al rápido crecimiento económico de las últimas décadas, el número absoluto de familias pobres aumentó. De estas familias más del 60% viven en el campo.<sup>3</sup> En lo que respecta a los niveles de nutrición, no hay estadísticas suficientes que den cuenta de la evolución del problema. No obstante, las encuestas permiten afirmar que la situación ha empeorado para los grupos más pobres y con menos defensas frente al fenómeno inflacionario. Existen cálculos que indican que en el campo el 88% de la población está desnutrida y que el 92% de los menores de 14 años muestra síntomas de desnutrición crítica.<sup>4</sup>

Finalmente, para redondear esta caracterización general de la crisis, habría que agregar que es *global*, es decir, abarca a un sector mayoritario de la agricultura. Al mismo tiempo su efecto es *desigual y diferenciado* porque el sector que más se ve afectado es el que produce granos básicos para el consumo humano, mien-

<sup>3</sup> Aunque la cifra de familias pobres disminuyó en términos relativos (pasó de 52% en 1963 a 34% en 1977), en números absolutos aumentó de 3.5 a 3.8 millones de familias en el mismo lapso. Las familias pobres fueron definidas como aquellas que tuvieron un ingreso inferior al necesario para adquirir una canasta alimentaria básica más un cierto gasto no alimentario. *México: estructura productiva y modelos de consumo del sector agroalimentario*, PREDESAL, CEPAL, México, documento preliminar.

<sup>4</sup> En un diagnóstico reciente se señala algo alarmante: de cada 2 millones de niños que nacen cada año, 100 mil mueren por causa de la desnutrición y un millón sobrevive con daños físicos y mentales por la misma causa, *Programa Nacional de Alimentación*, México, 1983.

tras que los forrajes y los pastos crecen aceleradamente.<sup>5</sup> Esto significa que la producción de alimentos está determinada por la evolución de la demanda de los grupos de mayores ingresos y por el modelo alimentario global, que se abordará más adelante. Al respecto, cabe mencionar lo equivocado de la tesis que vincula la crisis con una supuesta orientación exportadora del sector agrícola mexicano. Las cifras indican que la importancia relativa de la producción agrícola que se exporta se redujo mucho y que tuvo un crecimiento nulo en el periodo de crisis. Esto refuerza la tesis anterior: la agricultura mexicana está volcada al mercado interno, de tal forma que la lógica de su funcionamiento hay que buscarla en su organización interna, la cual está influida de manera significativa por factores externos y enmarcada en un sistema agroalimentario internacional.

## 2. LAS CAUSAS GLOBALES DE LA CRISIS AGROALIMENTARIA

En una visión más profunda de la crisis agroalimentaria, ésta debe considerarse como resultado de una determinada organización social, de acuerdo a la cual se producen y distribuyen los alimentos o, en otras palabras, de un modelo alimentario transnacionalizado. El sector agropecuario es un elemento de este modelo —por cierto cada vez más subordinado y con importancia decreciente—, de tal forma que las decisiones de qué, cómo y para quién se produce en el campo están determinadas por las fuerzas que regulan el modelo y por la estructura de poder social. Es decir, el poder de las clases y los grupos sociales urbanos con mayores ingresos se manifiesta en la organización social de la producción y consumo de alimentos y, a su vez, refleja ese poder de tal forma que no es gratuito que los recursos se orienten a producir los bienes que consume una minoría —productos animales, carnes rojas particularmente— en desmedro de la producción de granos básicos para el consumo de las mayorías.

El modo actual de producción de alimentos, reflejo de la con-

<sup>5</sup> Los 17 productos que crecieron menos que el incremento demográfico en el periodo 1965-78 representaron el 78% del volumen físico de la producción, es decir, una parte significativamente grande del sector rural. Entre éstos se encuentran el maíz, frijol, arroz, trigo y caña, es decir los cultivos de consumo mayoritario. En cambio, los forrajes para producir alimentos animales —alfalfa, sorgo y soya— crecieron 3 y 4 veces más rápido que la población, contribuyendo al desplazamiento de los granos básicos. También se observa un rápido crecimiento de las tierras dedicadas a la ganadería bovina. Véase, *El Desarrollo Agropecuario de México*, *op. cit.*, p. 29.

centración del ingreso y el poder, lubricado por las prácticas económicas de empresas alimentarias monopólicas y por políticas gubernamentales, produce al mismo tiempo riqueza y miseria, sobrealimentación y desnutrición y, sobre todo, una tendencia al aumento en la polarización del consumo que hace prácticamente imposible la satisfacción de las necesidades básicas de los numerosos grupos populares marginados.<sup>6</sup>

La ganaderización de la agricultura —una creciente cantidad de recursos naturales, humanos y financieros se dedican a la producción de ganado en detrimento de los cultivos tradicionales para consumo humano— y la «carnificación» de la dieta de los grupos sociales ascendentes son fenómenos resultados de este modelo. De ellos se deriva una utilización irracional de los recursos, tanto desde el punto de vista de su aprovechamiento como de la satisfacción de las necesidades de los grupos populares.<sup>7</sup>

El patrón de desarrollo global que ha seguido la economía mexicana en las cinco últimas décadas —basado en la industrialización y en la concentración del ingreso y del poder en la sociedad urbana— no ha creado las condiciones para que florezca una agricultura fuerte, salvo en algunas regiones, capaz de producir los alimentos y las materias primas que se necesitan para satisfacer la demanda global y los requerimientos de una población creciente y con un mayor nivel de ingreso. La industrialización y la urbaniza-

<sup>6</sup> La irracionalidad del modelo alimentario norteamericanizado puede juzgarse por el desperdicio de energía que implica. La conversión de productos agrícolas en alimentos animales reduce 30 veces la disponibilidad energética y proteica, es decir que de 30 calorías en forma de forraje se obtiene sólo una caloría pecuaria y de 6 gramos de proteína vegetal se obtiene un gramo de proteína animal. Se produce entonces una increíble desigualdad en los consumos: una familia campesina que sólo se alimenta de maíz, frijol y verduras apenas consume 2 mil calorías diarias mientras que una persona cuya dieta se basa en productos animales, consume entre 20 y 30 mil calorías agrícolas diarias. El peligro social de esta dieta norteamericanizada es que consume tal cantidad de cereales y soya por habitante que si México tiene como meta que el 50 por ciento de la población se alimente de esta manera, se requerirá para fines de siglo producir 70 millones de tons. de cereales y 10 de soya, lo cual es imposible ya que equivaldría a multiplicar por 5 y 10 veces la producción actual. Véase al respecto a Adolfo Chávez V., "Algunos datos sobre la alimentación nacional", en *Desarrollo agroindustrial y Alimentación*, Coordinación General de Desarrollo Agroindustrial, SARH, México, 1980.

<sup>7</sup> La crisis agrícola en los países socialistas nace de que no pueden producir los granos y forrajes necesarios para producir los alimentos animales que demanda una sociedad excesivamente carnificada.

ción se llevaron a cabo en detrimento de la agricultura (y de la mayoría de los campesinos). Se extrajeron de ella recursos humanos y económicos que no fueron devueltos en forma de inversiones y créditos. Los precios agrícolas se estancaron. El resultado es una agricultura exhausta y debilitada.<sup>8</sup>

### 3. LOS DIFERENTES ACTORES EN EL ESCENARIO DE LA CRISIS

Para los campesinos la crisis agroalimentaria ha significado un empeoramiento de sus niveles de vida, de las condiciones que regulan la reproducción de su vida material. Si bien el modelo global de desarrollo, basado en la industrialización y en el sacrificio de la agricultura, va necesariamente aparejada con una pérdida de la capacidad negociadora de los campesinos como fuerza social, esto no significa que éstos hayan tenido una actitud pasiva o que hayan quedado al margen de la lucha social. Por el contrario, han respondido a la asfixia económica y política a la que el sistema los somete, con una movilización social multiforme, reflejo de su propia heterogeneidad. El intenso y generalizado movimiento campesino del periodo 1973-76, es un resultado de esa asfixia. La permanencia de la crisis ha ocasionado que la lucha campesina haya perdurado y que se manifieste continuamente a través de sus numerosas variantes: lucha por la tierra, por mejores precios, por la recuperación de su proceso productivo, por mayores espacios de participación política, etcétera. El fortalecimiento de diversas organizaciones campesinas independientes y el surgimiento de otras nuevas, a pesar del lugar subordinado que el sistema les asigna —productores de alimentos a bajos precios y reserva de mano de obra barata— muestra que los campesinos no están derrotados y que están luchando tenazmente por mejorar los términos de su incorporación a la sociedad.

La tesis de que se trata de una crisis de los campesinos temporales es correcta porque éstos son los que han sufrido en mayor medida sus efectos negativos, aunque implica una visión parcial del proceso que condujo a la crisis. En efecto, la agricultura empresarial ha desempeñado un papel importante como elemento cau-

<sup>8</sup> Desde los cuarentas hasta 1957 los precios agrícolas crecieron en términos reales estimulando la producción. Sin embargo, entre 1957 y 1972 se devaluaron a un ritmo de 1.5% anual. En particular, la significativa caída del valor de una tonelada de maíz —cuyos precios oficiales permanecieron fijos entre 1963 y 1972— refleja la política de desestímulo al sector campesino que tan nefastas consecuencias ha tenido.

sal de la crisis, a pesar de que la producción de este sector ha tenido mayor dinamismo. Los agricultores privados, en búsqueda de la máxima ganancia, han sustituido el maíz y el frijol con cultivo más rentable como la soya, sorgo, alfalfa o con la actividad ganadera. El cambio ha sido tan rápido que el área cosechada con los nuevos cultivos no ha compensado la disminución de las superficies sembradas con los productos tradicionales.<sup>9</sup>

El comportamiento de la agricultura empresarial y campesina ha sido distinto y el impacto social de la crisis es diferente. La primera sale bien librada y hasta fortalecida al aprovechar las nuevas oportunidades de ganancia. La segunda, al seguir con los cultivos tradicionales, se empobrece y hasta tiene que ceder su sitio.

Las grandes agroempresas, sobre todo las transnacionales, juegan un rol importante en la crisis agroalimentaria. Son ellas el elemento más activo del modelo alimentario transnacional. Sin embargo, para ser precisos, este último engloba, además de la acción y efectos de las transnacionales, la de otros actores como los gobiernos y sus políticas alimentarias, los bancos internacionales de fomento, agencias y fundaciones privadas, entre otros. Sobre el efecto de las transnacionales se puede afirmar que no contribuyen a resolver el problema alimentario. Al contrario, lo empeoran al impulsar un patrón de consumo elitista, al estilo norteamericano, que aleja las posibilidades de satisfacer las necesidades de los grupos más pobres, que son la mayoría. Aceleran la polarización del consumo.

Al monopolizar las ramas más dinámicas de la industria alimentaria, las empresas transnacionales orientan los recursos internos hacia la producción de alimentos no básicos. Aceleran cambios en el patrón de cultivos que provocan la dependencia alimentaria (por ejemplo demandan masivamente materias primas agroindustriales, como el sorgo y la soya, que desplazan al maíz, ocasionando el aumento de las importaciones). Establecen poderes monopsonicos que bloquean las posibilidades de integración agroindustrial de los campesinos, cerrando posibilidades de que éstos participen más activamente en los circuitos de generación y apropiación de la riqueza. Al convertirse en poderes monopsonicos, estas empresas subordinan a los pequeños productores agrícolas y con ello continúan el viejo proceso de exacción de la agricultura.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Gonzalo Rodríguez Gigena, "Campesinos, productores transicionales y empresarios en la crisis agrícola", en *Economía Mexicana*, Serie Temática, No. 1, El Sector Agropecuario, CIDE, México, 1983.

<sup>10</sup> No es este el lugar para extenderse sobre este tema tan importante. Al respecto, consultar a Gonzalo Arroyo, Ruth Rama y Fernando Rello,

El Estado es otro actor fundamental de la escena rural. Casi nada de lo que pasa en el campo puede comprenderse sin entender la política estatal. Regula el acceso a la tierra, pone en acción políticas que determinan la producción agropecuaria, interviene en los procesos políticos regionales, funge como intermediario entre los campesinos y las transnacionales, establece normas de funcionamiento para las organizaciones de productores, fija precios finales a los productos alimenticios, interviene en distribución de alimentos, entre otras muchas atribuciones. Por ello, la intervención estatal o, en otras palabras, el entorno institucional en el que se desenvuelven los diferentes actores, debe ser considerado un elemento estructural y clave de la actual situación rural.

Un aspecto crucial pero poco tratado es el agotamiento del esquema de planeación autoritaria a través del cual el Estado ha tratado de enfrentar la crisis y que se expresa en una parálisis del Estado paralela al avance de los problemas y en una creciente incapacidad para conducir a puerto seguro una agricultura en plena tormenta. La crisis de la conducción estatal en el agro es clave debido a la importancia que el aparato estatal ha tenido en la evolución de la agricultura. Las siguientes tesis ilustran esta crisis de conducción.

a) *La burocracia agropecuaria aplasta a los productores y es fuente de ineficiencia.* Desde el inicio de la crisis agrícola los primeros años de la década de los setentas, el Estado tomó una iniciativa que ha resultado a la postre un remedio que ha agravado la enfermedad: el aparato estatal no sólo se toma la atribución de intervenir en el sector agropecuario sino que pretende organizarlo hasta sus últimos detalles. El supuesto implícito es que se puede impulsar el desarrollo rural con sólo lanzar reformas desde la cúpula, sin reestructurar la base organizativa de los productores. El resultado ha sido un híbrido lamentable: el sector social del agro, con la mitad de la tierra total y el 80% de los productores, no es una agricultura basada en cooperativas o en organizaciones campesinas sanas y autónomas en lo económico —éstas, al contrario, están perdiendo control de su proceso productivo—, ni es tampoco una agricultura estatizada que opere con eficiencia. La ingerencia estatal en la gestión económica de ejidos y organizaciones campesinas impide que puedan financiar como unidades productivas autosustentadas y eficientes.

*Agricultura y alimentos en América Latina. El poder de las transnacionales,* de próxima aparición en Editorial Universitaria, UNAM.

b) *La burocracia agropecuaria es un barril sin fondo.* El aparato estatal que interviene en el agro es tan monstruosamente grande, tan ineficiente y voraz, que desperdicia una enormidad de recursos. Por ejemplo, la SARH tiene 150 mil empleados, una buena parte de ellos en el DF. Dividiéndolos entre todos los ejidos del país le corresponderían cinco burócratas a cada uno, de una sola institución gubernamental. Si a esto agregamos que la mayoría de dichos empleados no tienen casi relación directa con el trabajo productivo, se verá por qué invertir fondos públicos en el agro a través de esta burocracia laberíntica resulta virtualmente estéril. Sin embargo, al gobierno no dispone por el momento de otros instrumentos.

c) *El sentido de la burocracia agropecuaria es su propia reproducción.* El funcionamiento estatal en el campo ha girado en torno a un principio básico: el desarrollo rural puede lograrse de arriba hacia abajo, *sustituyendo* a las organizaciones campesinas por aparatos burocráticos en la conducción de la vida económica de la agricultura. Congruente con esta equivocada visión, han florecido las cortes burocráticas, los edificios, las reglamentaciones. Una parte importante del presupuesto público destinado al agro se dedica a mantener el funcionamiento de estos grandes aparatos. La capacidad de otorgar créditos, financiar proyectos, decidir arbitrariamente sobre trámites agrarios, le confiere a la burocracia agraria un poder casi absoluto de hacer y deshacer frente a una masa de campesinos insuficientemente articulados. En torno a este poder gira una casta burocrática cuyo principal interés no es promover la organización campesina, sino conservar y aumentar sus privilegios. Este es el origen de los feudos que paralizan al sector público.

d) *La burocracia se organiza para desorganizar y desarticular a un poder social (el de los campesinos) que constituye una amenaza para su propio poder.* El funcionamiento del aparato estatal no se puede explicar a partir de las preferencias y las decisiones de los funcionarios. Es un sistema con una lógica interna y un movimiento propio que es preciso entender. El polo complementario de una agricultura que tiende hacia la estatización es la desorganización de los campesinos, es decir, el debilitamiento de la fuerza social que puede oponerse a ese proceso. La organización ejidal autónoma es el principal obstáculo que encuentra el poder de un gerente regional de Banrural, un poder real que se expresa en la capacidad de controlar recursos financieros, dirigir, manejar gente, influir con peso en la vida económica y política regional. Por ello, el principal enemigo de la participación campesina es el propio aparato estatal.

Este componente estatal de la crisis alimentaria es un problema central. El Estado tiene un peso fundamental en el campo y en la producción de alimentos. Su hipertrofia es uno de los más grandes escollos que habrá que sortearse para salir de la crisis.

#### 4. LAS ALTERNATIVAS FRENTE A LA CRISIS

Proponer alternativas a un problema tan complejo conlleva el riesgo de caer en el esquematismo. Por ello, señalaremos sólo algunos puntos que nos parecen centrales en la definición de un proyecto alimentario alternativo. En primer lugar, sería ilusorio pensar que se podría poner en marcha una nueva política alimentaria, aislada de una estrategia global de desarrollo de nuevo tipo. Ambas tienen que darse como parte de una sola concepción. Pero ¿qué cambios en el esquema general de desarrollo tienen que tener lugar para que pueda haber una nueva estrategia en el terreno de lo alimentario? Tal vez el más importante sea que el proceso de desarrollo tendría que orientarse a satisfacer las necesidades básicas de la mayoría de la población. Se requiere que el sistema socioeconómico funcione y crezca produciendo los bienes que necesita la población, es decir que incorpore a su lógica de funcionamiento los circuitos técnico-económicos necesarios para producir estos bienes.

El actual esquema de desarrollo, basado en la industrialización incompleta y dependiente y en el sacrificio de la agricultura, ha desembocado en el fracaso y la impotencia. La *agroindustrialización* debería ser, en cambio, el meollo de un esquema de desarrollo alternativo. Esto no significa construir grandes agroindustrias, imitando lo que hacen las trasnacionales, sino incorporar la agricultura y el sector alimentario, que produce bienes básicos para el consumo mayoritario, al proceso de creación de empleos, generación de ingresos y crecimiento productivo. Una estrategia de este corte, aun parcialmente exitosa, tendría un impacto fundamental. Baste recordar que la mitad de la fuerza de trabajo total se emplea en actividades directamente relacionadas con la producción y distribución de alimentos y que la mayor parte de la población pobre y subempleada se halla en el sector rural.

El primer paso a tomar es construir una *agricultura fuerte*, es decir un sector agropecuario que produzca los alimentos y las materias primas que la población requiere (seguridad alimentaria y alimentos para todos) y que ofrezca empleos y buenos ingresos a sus integrantes. Ello implica transformar los esquemas tradicionales de

la intervención del Estado en el agro. Una opción como ésta exige como condición una mayor capacidad de negociación social por parte de los campesinos y el fortalecimiento de sus organizaciones productivas. Todo el aparato estatal debe cesar de ponerse al servicio de sí mismo y de los grupos rurales privilegiados, para impulsar el desarrollo de una agricultura campesina autogestionaria. La banca nacionalizada podría desempeñar un papel fundamental en esta tarea.

Otras medidas importantes serían: impulsar efectivamente la agricultura de temporal y poner un alto a la ganaderización del agro y a la carnificación del consumo. El criterio tiene que ser el menor número de tierra para los animales. Para avanzar hacia un esquema de consumo más racional y adecuado a las necesidades mayoritarias se requiere: fortalecer la producción de alimentos básicos procesados y crear redes distribuidoras que abatan al máximo el intermediarismo; regular y controlar a las empresas trasnacionales, a la vez que se impulse la integración agroindustrial de las organizaciones campesinas (hoy bloqueada por el modelo alimentario trasnacional); regular la publicidad de alimentos y bebidas para combatir el consumo elitista y superfluo. Finalmente, un modelo alimentario alternativo tiene que basarse en la organización de los consumidores y en una nueva conciencia alimentaria y ecológica.